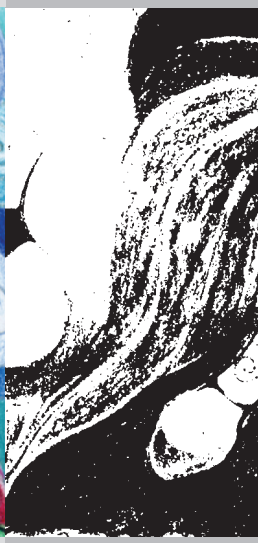
DRUSAS
de fuego y agua

Astrid Colomine



Fundación Editorial elperroylarana

MISIÓN cultura • Venezuela ¡Corazón adentro!

SERIE CONTEMPORÁNEOS
COLECCIÓN POESÍA VENEZOLANA

DRUSAS
de fuego y agua

COLECCIÓN POESÍA VENEZOLANA
CONTEMPORÁNEOS

DRUSAS
de fuego y agua

Astrid Colomine

Fundación Editorial
el perro y la rana

MISIÓN
cultura · Venezuela
¡Corazón adentro!

© Astrid Colomine
© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2018 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Twitter: @perroyranalibro
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Diseño de la colección:
Emilio Gómez

Imagen de portada:
"Natura", Ángela Mata.

Edición al cuidado de:
Morella Cabrera
Milagros Carvajal
Zonia García
Coral Pérez

Esta licencia *Creative Commons* permite la redistribución comercial y no comercial de la obra, siempre y cuando se haga sin modificaciones y en su totalidad, con crédito al autor.

Hecho el Depósito de Ley
DC2018002236
Drusas de fuego y agua
ISBN: 978-980-14-4391-9

Tu amor es la escencia que me agita
como tormenta de algas y polen.
Me entra en las venas
como violentos cordones de fuego
y me exhala de los poros
como tupida lluvia de estrellas

A todos los amores de mis días…

MIS AMADOS

Flor latente

Si pudiese abrir con mis manos
la flor latente de tu pecho,
para ver cómo se vierte mi nombre
compuesto de polen y savia,
a lo largo de tu pistilo firme
que ha perdido su sequedad,
su olor de quieto musgo,
fusionarse entre lo espeso
y embriagantemente dulce de mi zumo
que te hará renacer
en mi profunda vertiente
de prieto humus,
de errante sombra de ébano,
de desnuda obsidiana.

Perfuman mi cuerpo

Durmiendo entre tus pétalos de agua
perfuman mi piel tus aceites.
Tu semilla madura cae
y fecunda mi tierra virgen
arada por primera vez entre tus manos.

Tu abisal raíz surca mi interior
y crece como un signo mágico
hasta envolverme en su suave crisálida.

Tallas tu cálida imagen,
dejas caer tus besos de cristales
en la vertiente de mis pechos,
cubriéndolos de enormes hojas
de húmeda y contorsionada enredadera,
y me haces sentir tu erupción de lava
hasta girar toda como un tornado de fuego,
no hay tiempo, no hay espacio, no hay dos,
sólo una aleación de metales nobles
fusionados en un solo elemento nativo.

Tu raíz

Tú eres la raíz que abre
el primer surco en mi piel
de tierra inexplorada y nueva,
interpenetrando nuestras vivencias
como un tejido cada vez más apretado,
obsequiándome con el fluorescente brillo
de tu incinerante lava profusa
que va recorriendo cada espacio,
cada grieta de mi piel
abierta como un gigante tacto,
como una diaclasa sensualmente abisal,
empozándose en mis grutas secretas
después de tanto surcar
mis contornos finos.

Desde la distancia entre un beso
y otro de los tuyos,
mis aguas quietas y gélidas
se colorean de granates
y sólo queda el elemento puro
del fuego avasallante,
devorando las algas húmedas
de mis abiertos labios.

Caracol lujurioso

Mis manos son dos potros desbocados
que se pierden entre lo inescrutable
de tu pecho de irreverente estero,
mi cuerpo se adhiere a ti
como una agresiva llama,
como un caracol lujurioso,
como un tupido musgo malaquita,
como un colorido tatuaje
donde la tornasolada tintura
se convierte en profunda,
tiñendo las fibras tanto
que ni muriendo se apagan…

Mi boca se desplaza como una mariposa de luz
besando cada fisura de tu rostro de panal
hasta caer cautiva en tus portentosas redes
tejidas por tu gruesa boca de sal
que me sepulta íntegra entre sus sabores
como tormenta de cruel arena.

Mis ojos se transforman
en manojo de espigas colmadas
de mucho amor, entrega, contacto,
que se mecen insinuantes
retando cada porción sensible de ti,
y hacen llegar a tus músculos tensos,
la ternura complementaria que necesitas
para que no me consumas con tu fogosidad
de mazorca escondida, de cerrada nuez,
de desconocido planeta distante.

Percibo tu olor dulce, tu sudor de lilas,
tu humedad de pistilo ciego que se despliega
con todo su penetrante y sensual aroma
como un abanico lujurioso y extenso.

Oculto sentir

Cuando mi regazo se hunde
en tu regazo de inquieto colibrí,
cuando mis labios se dibujan
sobre tus besos de resina comprimida,
cuando mi mirada desaparece
en el misterio indescifrable
de tus eclipsados ojos de pino,
cuando mis manos deseosas
se bordan a tu amazónica espalda,
y mi cintura quiere detenerse para siempre
en el ajustado ciño de tu abrazo,
cuando mi vientre teme sentir tu vientre
de ébano contenido, de hombre magnífico
que transporta en el grosor de sus venas
tempestades siderales, lavas ardientes,
temo sucumbir bajo tus músculos de fiebre
y me pregunto:¿por qué por ser mujer
debo decirle a mi cuerpo que se engañe,
que no sienta, que no ame, que no quiera
aunque muera por ser parte de ti?

Mineral

Invierno has sido en mi vida,
mineral fragmentado
que se disuelve lentamente
entre el viento desértico de mi salina,
niebla que penetras silenciosa
en mi apretado refugio
de gaviota perdida.

Eres mi fiebre, mi desesperada sed
de náufraga atormentada,
mi inquietante destierro de sauce.

Y te encajas violentamente en mí,
como un cocuyo metálico,
frío, desnudo, ausente,
emergiendo con tus algas
translúcidamente quietas
en la bahía deshabitada
de mis labios.

Atrapando tu errante mirada
como recortada mariposa
de papel de seda
corrió por mi mente el deseo
de encerrarme milenariamente
en mi piel de delicado tallo.

Tu figura cae al fin ante mí
como pesada flor de su rama,
tus palabras, son solo hielo
que se va socavando
en un lugar de la nada.

Humo

Es de humo chamánico tu cabello,
fluvial oscuridad de milenios
que como abanico de mariposas
revolotea inquieto en el borde fino
de tu imantado rostro perfecto.

Quisieras remontar el viento
sostenida de las metálicas ondas
de tus hebras de ónix fuego,
y beberme el trueno de plata
que se aloja como un Dios pagano
en tu garganta volcánica.

De canela y panal tostado
se hizo tu piel de hombre,
cinturón de raíz parda
que estrecha mi cuerpo
como una huella distinta.

De cacao dulce son tus poros
desde donde fluye tu sudor
de penetrante almizcle
y pasionaria enredadera,
acuarela húmeda que vas
plasmando mi vida
en tu enigmática
e irreverente hoguera.

Robas la sombra de mis pupilas,
guardas tu gigante llama
en mis trémulas manos,
cabalgas decidido
adentrándote en mi profundo lago
hasta apoderarte de mis aguas.

Refugio

Nace en lo hondo de mi apretado pecho
un sentimiento crepuscular y abstracto,
que unido a las rutas de mi cuerpo
va demarcando claras rutas de deseos.

Eres tú quien me recorres nerviosamente
con tus manos de aspereza entretejida,
de fruto verde, de explorador inexplorado,
como un pájaro turbio de temor y pasión,
como una lanza fragmentada y sin talla.

Soy el faro de tu tempestad fermentada,
soy gruta de cinabrio que guarda
tu bastón de jade,
soy el oasis de tu boca seca,
soy la pausa de tu vida en prosa.

Y en el momento del beso
vas creciendo en mí
como delineados anillos del tiempo
en el grosor de una corteza,
como pozo de sugestivos sueños,
como fuerza arrolladora de agua.

Mi cuerpo de cera se consume
entre tus brazos,
mi vida es sólo arena
entre tus manos,
mi voluntad se quiebra
con tu suspiro,
y me olvido de quién soy
cuando contigo estoy.

Inspiración

Encierro entre mis manos
tu mirada de vidrio grabado
hasta trefilarla
como un entramado fino
de azúcar pardo.

Se me pigmenta rápidamente la piel
con su verdor de hoja fresca,
y se me inunda el pensamiento
como un manantial de broches bizantinos
que me hacen brillar con sólo mirarte…

Y me provoca vaciar en tus brazos
este pequeño relicario apretado
con tantos sentimientos extraños,
estas palabras sabor a ola
que me arrebatan la calma.

Son tus dedos de labriego los que aran mi espalda,
los que siembran dulzura en mis ojos,
los que arrancan las hierbas secas de mi garganta,
los que abonan mi tierra para que cristalicen
todas las gemas claras de este mundo
y verter allí todo mi ser en ti, amado.

Espuelas de luz

Se pliega el magenta del alba
sumida con sus espuelas de luz
en mi entrecerrada pupila
como un pequeño brote al viento,
impasible en su nido ambarino
anocheciéndome con sus dedos
mojados de miles de caminos,
de errantes destinos llenos de nuncas,
llenos de siempres,
abrochándose a mi rostro
el éxodo distinto de tus hojas anchas,
arrodillado manto de horizontes
que me va arropando pausadamente,
ungiendo los riscos de mi reposada frente.

Vas haciendo de mis labios un huerto
de multitudinarias camelias
teñidas por la huida de tu ocaso.

Errantes son tus brazos
que rotan entre mis venas
comprimidas de tantos astros perdidos,
de tantas cometas brillantes.

Ermitaño presagio

Excavo con el crisol firme
de mi pupila tempestuosa
el recodo incierto de tu mirada
turbia, lejana, extraña,
que se abre ante mi rostro
estallando de tantos riscos,
enmudeciendo con su abismo eslavo
la tatuada flauta de mi garganta.

Tinto es tu ermitaño presagio
triturando los segundos
como si fuesen siglos
en su endurecido granero,
efigie asida a esta dureza etérea
con sus poros agrios
de tantos sudores vegetales
creados en su excelso suspiro de sustratos.

Reconozco tu voz de distancia
pegada a la altura de mi estancia,
perfilando truenos en mi cuello,
rayando cedros con su acento agudo.

Quizás

Quizás el oscuro nácar
de tu piel de perla extraña
se refleje mañana en otra mirada,
quizás no vuelva a ver
tu estatura de árbol
junto a mi anchura de hierba,
quizás no oiga más el golpe duro
de tu caída de río dulce,
quizás no me apoye
en el templado metal
de tus brazos constelados,
quizás no toque el pergamino rústico
de tus manos escritas de caminos,
quizás no sienta latir junto a mí
tu corazón de caobos y enredaderas,
quizás en la hoguera de tu rostro
se convierta en sal otra figura,
quizás, quizás.

Constelación de azaleas

Se quedaron en silencio
tantas cosas amargas
y nació una blanca torre
en el centro de mi pecho,
donde eres cúspide y base a la vez,
y me transportas en la calidez
de tu pupila turquesamente entornada
a un furor de camelia, a un tibio almíbar,
que quiere beber el agua de tu piel y tocarla,
pero que sólo huye y tiembla de deseo,
grano de polen transportado por un huracán
que desea ser semilla de vida
y sólo lograr estar adherida a su pistilo.

Contigo, la alegría es la flor
que escala mi cabeza,
que puebla mi cuerpo
en un húmedo nudo de perfumes.

Como un río en creciente es tu risa,
para quien todos los puertos
se encienden en mi frente,
y en donde navegas abruptamente
por todos mis bajeles azules
creando un paisaje lleno
de versos pequeños, flores o peces,
que se prenden de un salto alto
a los abandonados meandros de mi boca,
y que no se caen tan fácilmente,
porque una vez que has entrado
a mi constelación de azaleas,
sólo se alarga, sólo crece.

Astro diminuto, sin espacio

Me siento vertiente seca,
astro diminuto sin espacio,
árbol arrancado por tu mano,
corteza incinerada y débil
ante tu implacable llama ciega,
ida sin retorno cierto,
habitante de antiguos refugios,
donde el tiempo se detiene,
¿acaso es tan difícil que nuevamente
dibujes pensamientos en mi cuerpo,
repasar la curvatura perfecta
de nuestros arcos blancos mudéjares
o tomarnos de la mano y descender
hasta el epicentro del puedo
para elevarnos luego
como brillantes cometas de seda?

Idioma de intemperie

Con nosotros pasó lo que pasa
con las centellas azuladas.
Un idioma de intemperies se retuvo
en el fondo de mi garganta,
poblándome la faz de incógnitas
al erradicar tu voz de bahía aterciopelada
y tus bien tallados ojos de estaño,
y me cuestionaba el porqué de tu inmovilidad
insistente y asidua, visitante perenne
aferrada al malecón solitario de mi mente,
polar, duro, socavado, extasiado ante ti
viajando como una onda de luz,
fragmentando mi signo,
encendiendo la hoguera,
hasta hacerme sentir brillante escama,
extensa plantación de perfumados almendros,
ala extendida de águila real,
volumen celeste, altura de infinitos.

Caracol inerte

Siento el deseo de beber un poco más
de tu aliento de hierba hechicera,
de extendido líquen oculto,
permitir que tus manos imantadas
llenas de caracoles escarchados
y de abigarradas estrellas
sean hoy, violento cardumen de fuego,
extraviada tu mirada en el fondo de mis ojos,
percibiendo ese toque pulsado,
apenas perceptible, apenas sonoro,
vibrando con el latido de tus sienes,
mordiendo con deleite la media luna
de tu sonrisa de cardamomo y azúcar,
para llevarme dentro de mí, tu nombre,
después de iluminarme toda,
como un río cristalino de luciérnagas,
como un planeta de metal puro, o fuego,
para que nunca me falte tu voz
y me sigan tus pasos eternamente.

Se me cubre el corazón

Se me cubre de moluscos el corazón abierto
y me crece el pecho de tantas palmeras rectas,
siento rodar en su interior una punta de estrella
–quizás de Cassiopea–, parecida a la de tus ojos,
un trozo de mar sin enmarcar,
un puñado de nácar pegado a mi planta
como tu mismo reflejo,
una enredadera furiosamente escarlata,
un beso salino emergido del agua,
la primera caricia exploradora
a lo largo de mi cuerpo que se achica y se expande
como una diminuta sepia migmetizada.

Jugaste a bautizar con nombres
cada uno de mis recodos olvidados
para sentirlos como propios
y hacer de mí, poseídamente tuya.

Tu nombre de leyenda bíblica
se hace eco en cada uno de mis poros,
y te introduces más allá de mi epidermis,
en mis momentos, en mis emociones,
y continúas impávido en mis cuatro estaciones.

Caballos azules

Qué intensas sensaciones
me penetran la piel
con tu sólo toque de brisa,
con una sola de tus miradas,
que como oscuros pozos sin fondo
me incitan a sumergirme en ellos,
sin dimensiones, espacios ni medidas,
hasta llegar a tu esencia escondida.

Mil caballos azules corren por mi sangre,
las horas junto a ti vuelan
como relámpagos intensos.
En mi cabeza revolotean nerviosos
los tucanes multicolores de tus palabras
y un ópalo encendido se me incrusta en los labios.

Los contornos se transparentan
como límpidas corolas abrillantadas,
sólo resalta tu nítida figura
de cóndor, pez, roca y agua.

Unicornio

Has desplegado mi alma como si fuese
un abanico barroco de tantos tonos brillantes,
has hecho entrar en mí el fuerte resplandor
de tus abismales ojos de tierra y ámbar.

Hiciste de mi lóbrego y estático mundo
una sonaja divertidamente extraña,
una gaita loca, una dulce melodía de flauta,
una castañuela furiosa que golpea incontenible
cuando percibe tu risa de gema pura y agua.

Ya no concibo vivir sin tu olor a sauce y espiga,
sin el calor de tu contacto de madera y lago,
sin tus manos de ícaro livianamente rojo,
sin tu boca de perfecto cristal de cuarzo.

Quiero pasar mis días, todos mis ratos en calma
junto a tu grandeza de imponente Himalaya,
y seguir dándote lo mejor de mí
como si fuese un arca inagotable
de raras orquídeas, de centauros de marfil,
de unicornios de eclipses y ébano,
de sirenas mitad luna, mitad plata,
para que cada día sea diferente
y este amor compartido pueda viajar
sin medida, sin tiempo, sin distancia.

Cristal y ágata

Me asomé al abismo negro
de tus ojos callados
y vi transparentarse tu alma
de cristal y ágata,
caleidoscopio de tonos fuertes
y primarios,
que contrastan con tu rostro
de sutil corola.

Sentí tu temblor de mariposa
tu olor de milenaria arcilla,
tu espesura tibia de selva,
y palpé lo adimensional de tu rubí
que guardabas celosamente
en tu melancólico centro.

Y liberaste a tu mente
de su pesada aldaba
que anillaba magras tristezas,
arrecifes cortantes, metales de fuego,
y los depositaste ante mí
como mustias hojas de invierno
listas para ser incineradas
y olvidarte totalmente de ellas.

Llegó hasta ti la risa sonora
como tupida bandada de flamingos,
te convertiste en salto de cascada,
elemento nativo, raíz de sales,
y regresaste nuevamente a tu pureza
que creíste definitivamente perdida,
pero que ha permanecido dormida
unida a tu carácter de corteza,
casi extinta, casi perfecta.

Hechicero

Extraño tu humedad
de pez profundo.
Tu olor de raíz,
tu boca metálica y volcánica,
que se abre y se cierra
quemante, intensa,
como alas de mariposas
acentuadamente rojas,
emitiendo sonidos de lluvia
para calmar mi ávida sed
de tu auténtica tersura,
sonidos de viento
para envolverme toda
con su tersura de perfumado
durazno redondo,
con su pasión de noctámbulo puma,
de agudo cóndor plata,
y quise penetrar sigilosamente
entre tus ojos de craquelado panal
y sin querer, quedé atrapada
en su sutil tejido de cristal dulce,
y me dejé hundir en ellos
sin pensar en más nada,
sino sintiendo su encanto medieval
de consumado hechicero de estrellas.

Te imagino

Te imagino siempre como una geoda
fuerte y estriado en tu exterior,
delicado y profusamente polimorfo
en tu cristalino centro,
como un volcán violentamente activo,
que lo encierra todo en su anillo de fuego,
como un denso follaje en donde se pierden
los sentidos y la noción del tiempo,
camaleón que se migmetiza
para que no descubran fácilmente
su dulce corazón de guama,
como un blanco atolón profundo,
como una tempestad eléctrica y extravagante,
como una costa bien delineada y firme,
donde se unen sin diferenciarse
la caliza pura y el cenit lejano,
como un minotauro de agua,
como una duna cambiante,
que todo lo envuelve, penetra y aviva.

Entraste a mí sin previo aviso
con tus manos huracanadas,
con tu multisápida boca magnética,
con tu olor de cítrica galaxia,
con el cardumen sonoro de tu risa,
con tu calor de violeta anémona,
y me sumergiste en lo pelágico de tu pecho
y me quedé atrapada en tus sargazos.

Amante

Marina fría, plateada, espejo de agua,
tu brisa inquisidora y penetrante
mueve el fondo de mi pensamiento
como una ligera embarcación estilizada
de velas anchas, tensas y blancas,
y se lo lleva a otras latitudes lejanas
que hasta hoy desconozco y deseo pisarlas,
sentirlas bajo mi descalza planta,
a otros mares inexplorados del mundo
de los cuales deseo paladear su sal gema,
su semejanza humana a pesar de las diferencias,
sus inentendibles lenguas, su otro modo de vivir,
de ser, de ver la vida y de desear las cosas,
no importa si hacia el norte o hacia el sur,
hacia qué punto oculto de la rosa de los vientos,
porque sé que tú, mi amante desconocido,
me esperas para completar esa mitad perdida de mí
que aún busco y que deseo sea sensible
como la melodía dulce de una flauta,
delicado y expresivo, como nervadura de hoja
expuesta como una filigrana a la intemperie,
transparente y auténtico como el mejor cristal,
inteligente, agudo y ágil como majestuoso cóndor,
maduro y dulce, como un perfumado higo,
amante apasionado eterno, compañero y amigo,
hombre de una sola mujer y de una sola palabra.

El amor más grande

En este instante se está muriendo
el amor más grande de mi vida.
Le di mi alma de metal noble
y fui maleable como oro entre sus manos,
le di mi cuerpo de corola apasionada
y lo perfumé hasta deshacerme bajo su puño.
No me importó ser su silueta,
enroscarme a su cintura de fuego
pese a que me convertía en apagada ceniza.

Fui su refugio en noches de grotescas pesadillas,
de cerrada soledad, de agudas tristezas,
fui la incansable compañera escalando día a día
los suicidas abismos abiertos en su mente,
con el vértigo constante adherido a la piel
como quien pende peligrosamente de un hilo,
colgado por azar en los extraños quicios
de sus sentimientos quebradizos y oscuros
semejantes a sus inexploradas cuevas,
fui la paciente apicultora ante su cólera sin motivo,
y cristal de aumento ante su felicidad extrema,
y me abrí infinitamente a él y no quedó nada para mí,
vertí todo lo bello, todo lo sublime, todo lo auténtico
en su gigantesca ánfora hueca, corroída y estrecha.

Lo amé con locura infinita y desmedida,
como siempre amé lo profundo del mar.
A las gemas perfectas, a la toponimia de estrellas,
y no quería perderlo aún a costa de mi perdición.

Nunca supe ni qué pensaba ni qué sentía,
si me amó alguna vez o sólo a sí mismo,
era como un papiro enigmático e indescifrable
pero muy raro y fascinantemente tentador,
siempre creí en él como en un dogma sagrado
donde nunca surgió la duda ni por un instante,
pese al argumento descabellado
o a la excusa patética.

Me hechizó con el don de sus palabras
pulidas y rectas, bien distribuidas
como cuadrículas perfectas,
con su fuerza de primer centauro,
arrogante, prepotente, narciso
pero algunas veces, tan sensible
como hoja de papel de arroz,
con su cascada risa de lluvia,
con su nariz de mestizo acantilado,
prominente, fuerte, arrogante,
colocada a la perfección
como un tótem divino,
con sus ojos de grueso ámbar,
con su correr de esbelta gacela,
ágil y rápido como un lemur,
peligroso, como movediza arena,
pero aún así lo seguí amando
creyendo que algún día podría
cambiar su tormentoso sino,
me pasé la vida dejando de ser yo
y olvidándome de qué quería,
sólo él importaba, sólo él existía.

Era el emblema de mi orgullo,
el Thor guerrero de mis sueños,
y nunca supe porqué se convirtió
en mi implacable verdugo ciego.

Ya nada tenía sentido
y me arrancó el corazón,
lo volvió segmentado, gris, seco,
como una gran septaria,
como suelo arcilloso, estéril, duro,
y me sentí meandro abandonado,
túnel angosto, pozo sin fondo,
impermeable como una mancha,
y creí dejar de amarlo hasta hoy
que sé que jamás volveré a ver
su rostro de hombre deseado,
sus gestos y acciones calculadas
que todos estos años han marcado
el resto de mis días.
Hoy te perdono porque has muerto…

Puntos de oro

Me transmuto en el verde azulado
de tu intensa mirada de varón genuino
y me atrapan los muchos puntos de oro
que bordean tu delicada pupila,
y la escencia musulmana y pura
de tus cargadas venas me embebe
en su olor dulce y agrio de cerrada mezquita.

Quiero subir el ancho muro
de tu pecho mudéjar
y coronar el minarete morisco
de tu contagiosa risa de sonaja,
retomar la intensidad creciente
de tus tupidos y entreverados besos,
como un sagrado rezo a Bismillah,
uno tras otro, como largo tesbih,
mi cicim cicim, mi canun canun,
mi recio marahá de mágicos cuentos
nacido en las aguas del Mar Negro,
que me ha hecho sentir su presencia
hasta en las mil y una noches distantes,
de mi solitaria y nómada vida bohemia,
lámpara de mis remotos sueños
alumbrando esos deseos escondidos
para todos, menos para ti.

Quiero ser cítrico aceite fresco
que perfume tus callosas
y fuertes manos de lava,
tu erguido cuello de cedro,

ser la tibia infusión de buen té
que sea degustada siempre
por tu deliciosa lengua guerrera.

Te superpones ante mi figura
cubriéndome completamente
como el Sinop de mi sombra,
como una sutil gasa yemeni,
bordada pacientemente en pedrerías,
como un tercer ojo mágico
que sirva de amuleto eterno,
como migmética alfombra de seda
con tu vello recargadamente negro.

Y se borra en mí la distancia
y regresas una y otra vez
como por un sutil encanto
turco mío, alma de derviche
y corazón de alondra
que me pareció atrapar
por un breve instante
con la punta latina
de mis pequeños dedos.
Seni seviyorum askym!

Canto de sirena

Al cerrar mis ojos se borra la distancia
y nado cada noche por debajo
de todos los azules oceánicos,
soy mitad pez, mitad amante de agua
y sólo corre por mi sangre
el obsesivo abecedario
de tu perdido y lejano nombre…

Llego hasta tu nave de sal y canto para ti
mi profunda melodía de amor
con toda la pasión que se es capaz
de sentir y de dar y espero día tras día
en medio de este duro silencio
la respuesta definitiva de mi llamado,
con mi corazón apretado como un puñado de algas
enredado mil veces a los corales más rojos…

Me convierto en arena con el deseo
de que en algún momento
te acuestes en mi ardiente orilla,
voy y vengo al compás
de tu agitada respiración
que percibo desde otro continente,
en busca de tu añorada voz,
de la agudeza pura de tu mente,
de tu sensual gesto
al humedecer tus labios
con la punta de tu cálida lengua.

Sin ti, me siento extensa y viva
quemadura de anémona,
mi piel pierde su brillo
de escama metálica y preciosa,
y mi sonrisa se extravió un febrero
en la áspera ruta de la solitaria espera
acompañada de mis ojos tristes enmarcados
en enlutadas perlas barrocas blancas…

Sólo has dejado olvidados
junto a mis medusas de colores,
hermético marino amado,
tus besos de estrellas dulces,
de caracoles apasionados,
guardados delicadamente
en medio de tus noches,
que para mí eran mis días.

Me abriste sólo por un momento,
una pequeña ventana de tu profundidad
tan celosamente por ti, guardada,
y deseé con todo mi corazón
llegar a tu lejano y desconocido centro.

Pero me equivoqué, no pude alcanzarlo,
sólo fue el resplandor de algo maravilloso
que pudo ser y nunca fue,
y seguiste en tu extraño rumbo sin rumbo
donde no te permites sentir
ni hacer sentir nada más…

Olvidé mi condición de mágico pez
y quise anidar para siempre entre tus brazos,
cambiar mi elemento, poder volar a tu lado,
sentir, sentir y sólo sentir,
dar, dar y solo dar.

Mantra sagrado

Campanas tibetanas resuenan en mi pecho
como eco de tu amado nombre
repetido como mantra sagrado,
la miel de tus palabras se pegan a mi oído
como tupido enjambre de laboriosas abejas,
haces que levite hasta el cenit de tu mirada
y me pierdo en la sepia raíz de tus pestañas,
voy siguiendo el vuelo suave de tus labios
con el solo deseo de explorarlos,
sé que eres mi meditación y mi mandala,
cruzo contigo los límites de la vida
y tu fuego purifica mi alma.

Ángel rojo

Acaricias mi piel
con tu extrema mano
de ángel rojo,
y siento que instintivamente
mi corazón tensa sus fibras
una a una hacia ti,
corre mi sangre agitada
con sabor a tempestad pura,
huelo en tu cabello metálico
todos los aromas del tiempo,
se abre mi pecho
tan cargado de miel
como un panal tostado y tibio,
como un volcán naciente,
y mi boca se abre ávida de ti
como una floreada frida oscura, magenta.

Los días pasan como el viento en Austria,
pero nuestros cuerpos se encienden
poco a poco hasta que queman,
me acuesto en tu nido de fibras doradas
triangular y pequeño como un secreto,
escondido como un amante
entre altas paredes naranjas,
que se abren a la luz
a través de una sola ventana,
que da hacia el mismo cielo,
penetrándonos, envolviéndonos,
hasta fermentarse en sensualidad,
morbidez y deseo...

Y me entrego a ti plena,
como aroma incontenible
de corolas dispersas,
y comienzas a grabar en mi piel
tantas sensaciones intensas y extensas
que cambian como las estaciones,
mi cabeza es primavera eterna
pero el resto de mi cuerpo es implacable verano,
se mezclan mis sentidos
pierdo la noción del espacio, del tiempo,
y solo cierro mis ojos por un momento
para retenerte un poco más entre ellos.

Dejo atrás

Dejo atrás tus acunados ojos de lluvia menuda y menta,
y mi corazón se quiebra como una granada
después de dar todo el dulzor carmesí de su zumo,
quiero borrar rápidamente mis pasos
para que no me alcance la melancolía,
para no sentir tu ausencia de hogar vacío,
continúo repasando uno a uno nuestros días
que aún permanecen tan frescos en mi pecho
como la tinta brillante escrita en la piel…

Y me voy cada día hasta tus brazos
de amante auténticamente amado,
tan distante y a la vez tan mío.
Llego una y otra vez a ti
como una enérgica ola
que se calma en tu orilla,
y siento tu táctil olor de pino
impregnando mi humedad hecha rocío,
depositada en mis entregados rincones,
en mis incógnitos dobleces,
y me convierto en un solo latido
al fundirme en tu sagrada boca
como si fuese vidrio purificado al fuego,
hasta comulgar poco a poco, plenamente,
con las dimensiones colosales de tu cuerpo.

MIS ESPECIALES

Madre

Los ojos de mis ojos son tus ojos,
las manos de mis manos son tus manos,
hasta la sangre que corre en mí te pertenece,
sí, a ti, mi poesía pura, claridad tenue,
aurora adormecida, murmullo sereno
de caracol translúcido, universo cargado de entrega,
cruz pasiva de llantos de piedra y luna,
que lleva en sus frágiles hombros
galaxias enteras de penas, todas en absoluto silencio,
heridas abiertas en tu alma inmaculada y perfecta,
y ni aún así he visto correr tu llanto
ni quejarte con una palabra dura.

Soy el orgullo de tu piel de escarchada nube,
de tu estrecha cintura de meandro,
de tus frondosos cabellos de selva húmeda,
de tu delicada y bien dibujada boca de fuego,
de tu deseo eterno por mi padre,
de tus abrillantados ojos de verde centella,
de la recta y perfilada línea de tu intuitiva nariz,
del suave contorno de tus cejas soñadoras,
pero jamás pude calcar tu alma
como no existen dos originales que dupliquen
una obra perfecta, sublime y muy bella…

Vientre de pulpa dulce, de redondo astro,
de tierra buena, de refugio seguro,
guárdame una vez más dentro de ti
para poder sentir tu tibieza
que no me pudieron dar
tus abiertos y perfumados
brazos de satinada cera.

Detén el tiempo y no me dejes,
porque aún necesito tu aliento
de tomillo y menta,
tu fuerza de agua, tu sonrisa de horizonte.
Estás presente y a la vez tan ausente
sólo oigo el lenguaje secreto de tus ojos
desde que murieron tus palabras,
el movimiento de tu delicado cuerpo de pétalo,
pero no el sentimiento sublime
que me ha hecho admirarte
como el ser que he amado más en la vida.

Sin movimiento, sin sonido

He nacido de tu dermis de cala dulce,
de un entrañable beso complaciente,
arraigada en tu vientre de luna,
sumida en tus cálidas aguas
cargadas de metales preciosos
creadoras de mágica vida
que desembocan finalmente
en tu cintura de vertiente.

Tu voz es el hilo de miel, de distancia,
de bioluminiscencias acuáticas
que se apoderan de mi garganta
con su ruido ciego, con su puntiagudo dolor,
y entonces es suficiente ver tus ojos
para comprender tu indescifrable lenguaje de brisa.

Cada vez que te veo tan ausente,
tan lejana, tan mía,
el corazón se me abre, se me quiebra
se me borra en una sola herida
y así entras en él como mariposa de paz
que tranquiliza, que llena todo espacio.

Mis pupilas se inundan
y mojan tu pecho quieto
con cristales acibarados ya disueltos
como signo de impotencia, de no resignación
ante tu inexorable entrega.

Eres mi orgullo, madre,
aunque tus pies no te lleven
a ningún rincón de la tierra,
aunque tu palabra sólo sea luz,
aunque tu abrazo sea sólo un destello,
aunque tus ojos sean oasis y remanso,
eres la más alta estrella.

He nacido

He nacido en el arca de tu cuerpo,
olor a cereza, olor a corteza,
me balanceo entre tus brazos de armiño
y se detienen todas las fechas,
sólo queda tu hipnótico beso
y tu silencio de estuario
pelágicamente azul,
de constelación lejana,
y me convierto en trenzada concha
dentro de tu piel de caracol abierto.

Aquí estoy madre

Bendigo tu cuerpo de árbol divino
que no moverá más sus ramas deshechas
pero que seguirá dando
tantos frutos y tantas flores
en su agrietado pecho,
tanta sombra fresca y tanto amor
en su desdibujado lecho.

Bendito tu rostro de sol
que gira acompasado y lento,
sonriendo en el momento
de más dolor adentro,
benditas tus lágrimas
que jamás han empañado la claridad
de tu diamantina mirada,
ni siquiera con una brizna
de inconformidad revelada,
benditos tus pálidos labios
que aunque no emitan palabras
sonríen y hacen soñar,
benditos tus cabellos
que descansan pétreos
sobre tu almohada de lirio enfermo,
bendita tu evaporada esencia
de tanto quemar sufrimientos,
bendita tú porque con tu dolor
de 48 años tan eternos,
has sabido abrir de par en par
las puertas del cielo.

¡Mi corazón yace contigo!

Cuando mi tristeza

Cuando mi mano palpó tu rigidez
de clavel pálido e inerte,
cuando mi tristeza alcanzó
la cúspide de la desesperación,
y cayó al vacío del quebranto,
cuando mi impotencia se detuvo absorta
ante el inexorable término prematuro
de tu pasionaria vida,
me he sentido tan sola al verte secarte,
prendida a mis brazos como una enredadera
a su madera más amada,
vi partir tu alma como un ave inquieta,
ávida de otras alturas, sin saber qué hacer,
si volar hacia lo desconocido o aferrarse
a su viejo refugio donde tiene fruta, amor y agua.

Madre, sé que estás conmigo
porque en mí nunca morirás,
pero me hace falta oir tu voz
de penetrante ungüento,
ver tu faena de abeja reina,
presentir tu paciente espera,
sentir tu compañía ante mi honda pena,
el contacto redondo de tus manos
sobre mis cabellos,
el nogal extendido de tus besos,
¡cuánta falta me haces, cuánta madre mía!

En tu último día, tu cuerpo parecía
una concha fosforescentemente hermosa
recién sacada de su hábitat de agua,
te fuiste como un inexorable eclipse
impotente ante el no poder hacer nada,
aún preocupada por los que tanto amaste,
cometa efímero y fugaz que nunca perteneció
a esta tierra de oscuros lodos.

Abuela

Benditas tus manos
de tierra antigua,
recorridas duramente
por los surcos del tiempo
y del llanto,
ahondando en cada lugar
y en cada espacio
hasta en lo más diminuto
que te rodea,
eres como una mariposa blanca
que ha envejecido volando
después de fecundar con polen y miel
todo el espacio perfumadamente claro.

Esas amadas manos han sido mi timón,
las que han hecho crecer dulzuras en mi pecho,
con su olor limpio de panela jabonosa,
con sus nombres comúnmente mágicos,
descubriendo estrella por estrella,
con su bondad compartida de pan de avena,
con su tersura dulce de higo abierto,
con su confortable calidez de extensa arena.

Sólo me es suficiente cerrar los ojos
y traerte de vuelta como a una luciérnaga
para que veles mis sueños de niña
y me acompañes con los ángeles ingrávidos,
con los cuentos de Tío Tigre y Tío Conejo,
para que me cobijes con tu acolchado cuerpo
y me sumerjas en el infinito mar
de tu sabiduría simple y autodidacta.

Maternidad

Veo tu pequeña curva
como la de una fruta
dulce, rara, casi extinta,
y me imagino qué hermoso embrión
dará mañana el germen de la vida.

¿Será acaso un diminuto jazmín brillante
o quizás una estrellita de vidrio frío,
lo que saldrá pronto de tu blanca crisálida,
de tu oculto y fluido anillo de río?

Vas a dar a luz un pedacito de luz
una redonda florecita de transparente azul,
o quizás un tierno tallito erguido como trigo
en medio del planeta y confundido con el astro,
después de haber navegado como un alga tibia
entre tu profundo nido de agua.

Quizás se imaginó que su mundo sería
oscuridad sideral de espacio materno,
su alimento sólo rosas globulares
y que su vida dependería
de un delgado cordón de plata.

Maestro

Ser maestro es ser un buen alfarero
que retiene entre sus manos el barro
tosco y quebradizo de la ignorancia
y lo convierte en reluciente copa
del más exquisito cristal Bacarat,
va limando las inmaduras asperezas
hasta trasformarlas en finas aristas,
va moldeando una figura precisa,
a partir de una mezcla caótica
de pensamientos, colores, sueños,
es tocar y sentir las raíces nuevas
y ver la increíble transformación
de ajada semilla a floreado árbol,
de oruga lenta, gris, mate
a mariposa centelleante y colorida,
de quebradizo carbón oscuro
a espectacular diamante tallado,
es percibir día a día la emoción
de impartir la primera clase,
el miedo lacerante ante la equivocación,
el constante aprendizaje ante las dudas,
la extensa alegría de sentirse amado,
admirado, respetado, nombrado,
por tantos hijos adoptados como propios
año tras año, día tras día,
entristecerse con sus duras caídas,
el anhelo constate de ganárselos
a la mediocridad que los atrapa,
de liberarlos de su encierro
de espejismos rotos esparcidos

en los laberintos estrechos del pensar,
con ideas prefijadas que los mutilan
y los convierten en cientos de réplicas
iguales, de tan escaso valor,
luchando fieramente contra su medio.

Es ver pasar los años viviendo
a través de sus inquietos ojos,
con tantas cosas buenas y extrañas,
penetrando en la profundidad de su ser,
sumergida en su ego remoto y frágil,
y lograr de ellos que viertan sin temor
el contenido total de su alma,
es desear plasmar todos los conocimientos
y la mejor parte de nuestros sentimientos.

Que mis palabras sean el cincel
que esculpan todo lo bello:
el amor intenso de las galaxias,
la rectitud del ángulo agudo,
la honradez y pasión avasallante del fuego,
la fidelidad del día, la sencillez del agua,
quisiera ser ánfora que guarde,
reciba y a la vez vierta,
el pincel capaz de trazar mil formas únicas
a partir de un blanco y áspero lienzo,
la vara firme que corrija y sostenga sin hacer daño.

Es muy agradable esto de ser maestro
ya que esta no es una profesión cualquiera,
ya que puedes representar un ejemplo a seguir
o un error dantesco imperdonable,

puedes moldear a la perfección
o deformar de manera irreversible
la olorosa y fresca madera
que confiadamente nos ofrecen,
convirtiéndola en quemado Guasimodo
de enfangadas ideas y sentimientos,
y es que eso de equivocarse
en algo tan sublime y delicado es imperdonable,
si vives en verdad, el significado real de ser,
un auténtico maestro.

SITIOS MÁGICOS

Caracol de brisa

Un caracol de brisa suelta
va ondeando mi cabellera
como una enfurecida bandera,
mientras el eco solitario de la montaña
se repite buscando mi voz,
otorgándome sus sílabas vegetal-animal,
y sus tonos de agudo mineral.

Lanzaré mi rugido salvaje,
mi caída de agua, mi olor de selva,
para quebrar las turquesas
de tu inalcanzable paraban
y dejar escapar sus nítidas estrellas,
el cinabrio de sus ocasos,
el enigma esponjoso de sus nubes,
sus prismáticas gotas de arcoíris.

Un cinturón de auroras perdidas
va demarcando mi espalda,
falanges de incierto rocío
con corazón de desprendido lirio.

Ya no cabe en mi pecho
más polen ni más néctar libado,
más explosión de suspiros
ni más cantos abstractos.

Soy altura, distancia oscura.
respiro las grietas de esta tierra,
me convierto en una partícula más
en comunión con ella.

Olor a llano

Llano mío, tierra abierta,
sol errante derretido
sobre las calles desiertas,
vas marcando mi rostro
con tu sudor de mineral roto,
con tus hinchadas semillas
de quietud y silencios,
socavando las mustias orillas
de mi disecada y tensa frente,
como un tinajero,
como una bíblica garza
que va detrás de todo lo extenso.

Tierra quemante sabor
a caudaloso río,
a piedras pulidas y grandes,
sonido de piel campesina
que pierde su lozanía
con la aspereza del viento,
vasija repleta de coplas frías
palma desnuda arraigada
al centro desnudo de un niño,
arpa rústica olorosa a melodías,
ignorancia tierna de pastizales altos.

Cuánto deseo volver,
hacer de ti mi estancia,
con sus turpiales de luz,
con sus interminables rosarios
de escondidas estrellas,

con el oro de su polvo de caminos,
con lo mestizo de sus caballos
con su chinchorro viejo anudado
al milenario árbol,
y su puñado de semillas de café
sonándole el joropo en su boca seca.

Pirámides

Mi espíritu se disgrega
más allá del horizonte,
crecen árboles en mis ojos
como pirámides gigantescas
mundanalmente altas y gruesas,
y me siento copa vegetal
porque mi corazón está muy elevado.

Soy plantación de café y orquídeas,
fuscia acacia, morado apamate,
araguaney esponjosamente naranja,
guacamaya alegre que resalta por su brillo
ante tanto verdor que devora su húmedo entorno,
como una ardiente llamarada esmeralda que crece,
en su sensual danza de vientres coloridos,
bajo el degradé de los ocres marcadamente olorosos,
trinitaria iridiscente que determina y acentúa
la calidez de mi centro, de mi parte geo,
de mi raíz situada en Venezuela.

Buganvillia

Mi interior se tapiza por completo
de encarnadas buganvillias
y el color empapa cada centímetro
de mi piel como un cauce desbordado,
tornasol, limpio, sagrado.

Recibo cada pincelada de luz con tanto deseo,
que me migmetizo como madera texturizada,
como majestuosa ave, como metalizado insecto,
como profunda semilla, como cristal hipoabisal,
como fresca agua de desconocida caverna,
como enigmática reliquia valiosa y eterna.

De mi cuerpo van saliendo raíces
y de mi boca, cantos ocultos
de cúspide de montaña,
me transformo en cualquier elemento
y sólo soy naturaleza.

Refugio de caracol amatista

Abro mis ojos lentamente
y lo primero que se copia
es la luz difusamente nacarada
que dibuja un círculo entramado,
conformando una mágica ventana
hecha de los materiales más puros:
el ocre del barro fresco,
el marrón anillado de la madera,
con un contorno perfecto y redondo
como el ying y el yang de la vida,
como el enigmático cero matemático,
como la o del deseo,
todo se filtra a través de ella,
como si fuese un cedazo
de misteriosas formas,
cual caleidoscopio enorme
de fragmentos marinos
mezclados con el tallo grueso
de una inclinada palmera,
rememorando lo apasionado
de las pinturas de Reverón
en su etapa de azules y grises
melancólicos, difusos y tenues.

Esta circular salida al mundo exterior
es también la entrada a uno mismo,
y se desconoce si esa abertura atemporal
es una realidad, encantamiento o quimera,
ya que puede ser intangible gaviota
cabalgando el sonido ronco de las olas,

cubriendo el corazón de fina arena,
hasta extenderse en el infinito
del largo de la propia conciencia.

Este lugar es un oasis fresco
donde mi corazón medita
y crece, como una caracola blanca
que acentúa su espiral geometría,
lo siento mezcla de templo sagrado,
augusto, tibio, extrañamente purificado,
como un topacio en bruto tosco y hermoso,
como una pieza que encaja perfecta
en su entorno natural sin inmutar nada,
todo lo que entra en este espacio adimensional
ya no vuelve a ser igual, porque se convierte
en cargada belleza, estilizada, perfecta,
el pensamiento se filtra y se abrillanta
a través de su tamiz de luces delicadas
las tristezas se cierran y se vuelven sombra,
y sus tonos de tierra, sedan los sentidos
sumergiéndolos en una extensa paz,
profunda, enroscadamente hermosa,
y subo su escalera de lilas y amatistas
que me permite elevarme fácilmente
hasta alturas insospechadas,
acompañada con las notas acortezadas
de un pequeño móvil hecho por un niño.

Río dulce

Te entorchas, serpenteas,
como verde quetzalcóatl,
imponente, vivo, indómito,
eres todo esmeralda y hoja,
eres explosión de acentuados
tonos fuertes y aromas,
te prendes fuertemente a la roca
cual abrazo de amante enredadera,
y todo parece ser una continuación
de verdes, verdes y más verdes,
a excepción del cielo plomizo
que deja caer sus más heladas gotas.

Todo huele a raíces húmedas,
a espejos de agua hermosa,
te recorro cabalgando tu superficie
en una diminuta barca
hecha de tu propia madera
y camuflada con tus mismos tonos,
en cada recodo eres más exquisitamente bello,
y se apodera la nostalgia al tener que irme
ya que parte de mi corazón quedó sumergido
en el fondo sereno de tus aguas.

Quizás pueda convertirme en pez
y remontarte una vez más
con la misma pasión que hoy siento,
y convertirme en panal repleto de miel
para poder continuar con tu nombre.

Chichicastenango

Voy penetrando en tu centro
a través de un sinuoso camino
amarillo de tantos soles espolvoreados
y pisados duramente por el tiempo
sobre la magra y parca caliza
de tus rústicos senderos.

Todo es monocromático hasta llegar
a tu mismísimo corazón abierto
entre dos templos majestuosamente blancos,
convirtiéndose como por descuido,
en un vórtice de humos resinosos paganos.

La magia se apodera de todo
en un paroxismo de color
que invade la piel cargada
hasta llegar al alma,
la mente se turba
cual guacamaya indómita,
como pedrería de pesadas gemas,
multicolores y cítricas,
y entra en mí un sentimiento hondo
y me olvido del entorno
al penetrar en la vorágine hechicera
centelleantemente pura de la nada,
cual medusa acrisolada, expectante, nerviosa,
con el corazón temblando como un volcán,
girando en círculos concéntricos
como una apasionada veleta.

Los olores me envuelven
y me cubren densamente
como pesado manto huipil,
profusamente bordado,
y viajo suspendida y sumergida
en un trayecto barroco
de exquisitos aromas de copal,
de maderas vírgenes,
de resinas gomosas tan doradas,
y siento la danza antigua del conquistador
pegada a mis pies, vientre y espalda.

Entra la fuerza intensa de la sangre,
el olor de fermentada raíz indígena,
y se posesionan violentamente de mí,
los tantos milenios turbios del pasado,
como desbordado lago profundo y sagrado,
como colmada vasija de perfumados aceites,
como agolpados potros fosforescentes y azules,
y me convierto en dulce cabello de eyote,
en punta oscura de cortante obsidiana,
en redondo grano ámbar de elote,
en tosca talla de madera primitiva y alba,
en tinte vegetal, en acentuada forma,
en autóctono y auténtico tejido apretado,
y así abrí para siempre mi corazón
ante este poderoso embrujo alquímico
que crea la pieza única de metal, corteza y jade:
el increíblemente remoto Chichicastenango.

Alicante

Dorado dátil, desnuda almendra,
cáscara rayada de girasol antiguo,
salado de tanto Mediterráneo extenso,
índigo como redondo lapislázuli,
profundo, melancólico y frío
como el ombligo romo de la tierra,
suave y metálicamente puro
como corpúsculos solares envolventes,
es ese olor a mar que me traspasa,
que me apasiona, que me transporta
a otras aguas lejanas,
a las aguas cargadas de hojas anchas,
y límpidos cristales de donde vengo,
pero me gusta este lugar y retorno de nuevo
abriendo instintivamente mi corazón
a su historia de milenios,
a sus edificaciones escondidas
tras las verdes mallas enlutadas
de tantas viudas eternas de vientos,
al sabor mole dulce-picante del lenguaje
del español galante y enamorado:
bonica, maja, guapetona, rebonica,
palabras deliciosas como su dulcería fina,
pegajosas, como mermelada de ciruelas verdes,
jugosas, como caquis, kiwis, membrillos,
acrisoladas, como sus multicolores herbarias,
y siento que encontré la otra mitad de mí aquí,
entre sus sinuosos olivos y rectas palmeras,
sus raíces adheridas como hondas garras
a pie de sus inexpugnables fortalezas,

a su mezcla de arquitecturas extrañas
mitad Gaudí, mitad Mora,
pero pese a ello mi pensamiento sigue errante
y llega repetidamente como una ola
a mis límites caribes de mi hermoso país…

Venezuela

Vengo del nudo más exótico de la tierra
por encima de una línea imaginaria
que divide al mundo exactamente en dos,
donde crecen todas las frutas aporcelanadas,
y que como por eterno encanto nativo
no dejan de reproducirse jamás,
ni el día más triste y nublado del año,
donde nacen todos los colores acentuados
en extensas áreas cargadas de flores,
donde el sol es tan intenso y puro
como el reflejo de un ardiente espejo,
todo es esmeralda, pardo o granate,
todo es perfumado y cálido como mastranto
en medio de la calma silenciosa de la noche,
todo es gigantesco y recalcado en el trópico,
como derretido bronce convertido en costas
donde no hay principio ni fin,
donde las aves son metálicas y extrañas,
donde se derraman las corolas de tanta miel,
donde la pasión va en la sangre de su gente,
donde la miseria se vuelve un reto
y se bate día a día a duelo con la risa,
donde el hidrocarburo volátil y eterno
se esparce generoso como vena abierta,
donde muchos han venido a robar
la frondosidad hermosa de su selva,
la fuerza colosal de su agua,
la brillantez perfecta del diamante,
la maleabilidad del oro ingenuo,

su oportunidad de superación
al arrancarle toscamente sus sueños
como a un árbol, su fruto verde.

Frankfurt

Cae el blanco sobre el blanco
como una finísima capa de nácar,
con un sonido de escarcha dulce,
de translúcida escama de agua,
que va grabando profundamente
centenares de formas superpuestas
con el tosco buril del momento
de quién sabe cuáles y cuántas pisadas.

Pareciera que el polvo iridiscente
de todas las perlas del mundo
se acumularan aquí, una a una,
en laminarias capas horizontales
cuidadosamente delgadas,
así como los trígonos del diamante,
el cortante frío del incógnito espacio,
de este igloo de mármol matizado.

Es como una magia que te envuelve,
como cerrada flor de algodón,
que cristaliza perfecta en tu interior
cual inolvidable centauro de hielo,
cual imponente geotermia hirviente
que brota caprichosa desde el centro
de los duros anillos bajo cero,
cual gigantesca ave migratoria del Main,
cual fuente congelada como escultura
de vidrios estalactíticos perfectos.

El tiempo se detuvo en ti, Frankfurt,
para no alterar la hermosura extrema
de tus giratorias veletas recortadas,
de tus inclinados techos jaspeados,
de tus puntiagudos castillos medievales,
de tus impresionantes gárgolas míticas,
de tus colosales gladiadores rojos,
de tus fachadas majestuosas y fantásticas,
que se traducen en poder y riqueza
de cada uno de los delicados detalles:
el labrado ático de perfumado cedro,
el balcón piramidal con sus datas de 1500-1800,
la vaporosa cortina de calados encajes,
la herradura de óxido glasé
contrastando sobre la pulida puerta,
el candelabro chispeante y plata
transparentado en la alta ventana,
la flor magenta reclinada en la trenzada cesta,
el craquelado pan de semillitas de colores
junto a la larga y fina copa tallada,
tantas cosas de ese lejano pasado
que hoy las vivo tan intensas
como si siempre hubiesen sido mi presente.

Ya se han desvanecido por completo
las oscuras y pesadas puertas del tiempo,
y no sé si esto lo viví ayer siendo mi hoy
o mi hoy siendo mi ayer…

Destino

Entramadas celosías de enigmático destino,
cambian de rumbo, se encuentran, se alejan,
nada es por casualidad, una y otra vez
las cosas vuelven a coincidir en un vértice
agudo, perfecto, sin desvío posible,
como un cerrado anillo recurrente y eterno
que como una pesada rueda de molino
tarde o temprano retorna a sus orígenes,
es el anverso y reverso de la misma moneda
gastada, desconocida, ajena a su uso,
nada en duro contraste, todo complementando,
finamente acoplado, sin rivalidades vanas,
fuerzas centrípeta y centrífuga conjugadas,
lo acuático y lo ígneo en evolución constante:
la sutileza femenina y la fuerza masculina,
la levitación de un frágil pétalo al viento
y la pesada incrustación de un meteorito viejo,
mosaicos de una existencia hasta ahora arlequinada,
ajedrez complejo, calmado, inesperado,
que apuesta el destino a un suspiro
por la mera pasión del peligroso reto
aún pudiendo cambiar todo en una sola mano,
torero arrogante y arriesgado
ante el ruedo rojo de los días,
rueca elemental sobre la cual vas hilvanando
a partir del dogmático cero del presente,
el atrayente talismán de las vivencias recientes,
de rostros que comenzamos a descubrir, avaluar,
de los lugares soñados que ahora están.

Ya todo quedó atrás sepultado después del cataclismo,
soy libre como ingrávido globo que escapa hacia el viento,
cual polen sin raíz ni tiempo, cual escama de oro a la corriente,
no tengo destino, no tengo país, soy universal
soy amante y soy amada porque sigo enamorada de la vida
hasta lo más profundo de mi tuétano.

Verticalidad

Miro a través de la abertura vertical
de mi extraña y apasionada vida
cómo pasan hoy las horas reptando
sobre esta extensa tristeza
que se hunde incisiva y profunda
como una larga espina de erizo.

Quiero vibrar como la nota más alta
del mejor violín Stradivarius
y sólo logro el tono desafinado
del más burdo tambor de cuero,
quiero tocar con la punta de mis dedos
la faz frontal y adularescente de la luna
y sólo palpo el polvo carbonatado y gris
adherido rudamente a mis gastadas botas,
quiero recorrer todas las aguas del mundo
y estoy estacionada en un rincón terrestre
tan parecido al mío, desde donde vengo,
después de atravesar un solo océano.

Turquía de dos mundos

Mi pecho se ha volcado violentamente
cual carreta atiborrada de aterciopeladas
rosas perfumadamente frescas,
todas frente al abigarrado portón
que delimita el oriente, en la sugestiva Asia,
del poniente, en la recargada y senil Europa.

Eres la Turquía que siempre soñé conocer
al verte dibujada en una cuadrícula del mundo
como una singular huella de menta dejada por azar,
rodeando un semicerrado mar que como su nombre,
me lo imaginaba extremadamente negro.

Llegué a ti dispuesta como amante deseosa
y a cambio me brindaste placer para cada sentido:
el sagrado misticismo de la enigmática Konya,
con su poeta y pensador del 1200: Mevlana Caladedin Rumi,
cuya inmutable presencia etérea te atrae
a una gigantesca rueda de plegarias;
el impresionante relieve volcánico de Capadoccia
derramado como por arrebato y encanto de un gigante loco
en pulsaciones geológicas orgásmicas sin fin,
hasta quedarse atrapadas en el tiempo
como esponjosas cavernas de azúcar rosa;
la majestuosidad, vestigio inequívoco del pasado,
evidenciando poder y riqueza aún en las ruinas
de la marmórea Éfeso, donde cada roca
fue transformada en ornamento,
en elegante columna estriada,
-apoyo fiel del leoncinio o biblioteca-,

o en magníficos rostros de dioses paganos,
testigos mudos de todo lo sensual y placentero
que imprime el arte de quien sabe vivir;
el azul cargadamente eléctrico del Mar Egeo,
impasible frente a la rival y fragmentada Grecia;
su reflejo repetido a través del tornasol delicado
de las estilizadas ánforas de vidrio romano
encalladas y descubiertas en el exquisito
puerto de Bodrum, puerto de veleros
que de tan blancos parecen gruesos ópalos
o garzas de picos muy largos en bandadas,
completando a la perfección, con un genuino amigo;
el lujurioso esmeralda, escalonando los húmedos
y palpitantes sembradíos de Rize;
el omnibulado Monasterio de Sümela en Trabzon,
colgado como una curiosa jaula rectangular
de las puntas romas e irregulares de sus montañas,
la pasión aberrante y adicta a Sinop,
a sus atardeceres matizados y serenos
desdibujados pacientemente frente a su melancólico
puerto bello, salpicado de índigas golondrinas,
que como malla de puntos móviles van a coronar
la áspera pared-fortaleza desde donde se divisa
degustando un sabroso chaild con caída roja de sol
desde los espesos pinares hasta el límite plata
que demarca la pureza metálica del agua;
las duras mezclas del embrujo de Estambul,
agitado, excéntrico, irreal, asiento concentrado
palacios de los suntuosos Aladinos de ayer,
envueltos por el velo prisionero de sus harenes
que como anexos inseparables penden de ellos,
como dulces panales o colas de sirenas;

el romanticismo penetrante y envolvente
de sus sobrecogedoras cisternas repujadas
en la misma historia de su acuoso mundo
en donde internamente todo se inmola
en nombre de la pureza acústica clásica,
en la refinada estética de contorno ovalado
de los lánguidos ojos sin luz, de Afrodita volcada;
sus multisápidos bazares donde todo se vende:
el olor embriagante del aceite del limón dulce,
la móvil y grotesca marioneta hecha de piel curtida,
tan delgada como translúcida membrana de arcoíris,
las mágicas alfombras voladoras de brillante
y mórbida seda, de mullido algodón, o áspera lana virgen
entretejidas en un paroxismo de imágenes,
de formas suaves como corolas abiertas
con preponderancia geométrica perfecta,
las pesadas lámparas habitadas por genios
que cumplen todos los deseos imposibles,
los antiguos y curiosos relojes embutidos
en esféricas burbujas de cristal de cuarzo,
las pipas de espuma de mar lapidadas
como aves de presa, cabezas de turco,
bestia marina o cualquier otro sueño,
los perfumeros de marfil pintados a mano
con un solo pelo de dorado camello,
las cajitas de filigrana de plata y gemas,
o de oscura madera e incrustaciones de nácar.

También Turquía son sus derviches danzantes,
sus sensuales masajes en baños de pulida piedra,
sus mujeres embebidas bajo sus pesados ropajes
que les imprimen un aire informe, lúgubre, serio,

ajeno a la edad, personalidad o nivel de hermosura,
todas igualadas en un rígido y monótono uniforme
de obligada castidad, burdo hábito de convento de clausura
que niega rotundamente la identidad merecida y propia,
del contorno de la hembra, la amplitud fresca de la sonrisa,
en donde sólo la inquieta y curiosa mirada logra escapar
del blindado cerco que el varón celoso e inseguro
que ha podido levantar por la fuerza ante su mismo deseo;
el arte de saber compartir lo que se tiene
sin importar valor o cantidad disponible,
sólo por el placer de dar y compartir con todos,
es esa posesión del instinto perdido para tantos,
de percibir con el sentido del corazón
y abrirlo ante la verdadera naturaleza humana,
entregándose por entero y sin recelos;
el lenguaje inusual de los gestos y del tacto
que creí extinto después de visitar muchas geografías,
y que lo he aprendido cada día con tu gente.
Me inclino ante tu pueblo aunque difiera por completo
de tu duro y limitante trato ante lo femenino.

El Pinet

Voy bebiéndome la brisa a partir
de su hueco sonido fresco de hierba
y se me va introduciendo ávidamente
en el turbulento torrente de mis venas,
quiero cubrirme de acentuado oliva
y colorear mi dermis con dulce tintura
de cebada tierna, de arqueado espárrago,
de móvil trigo suave y espeso.

Quiero reencarnar como una amapola,
violenta y roja, apasionada e intensa,
porque sólo así me sería suficiente un día
para imprimir el sello de mi presencia,
efímero, sutil, pero inolvidable,
delicado, pero hondo e impresionante,
quiero oler a pagana corteza de pino,
a exfoliada semilla abigarrada y abierta,
a aborígenes óxidos marcadamente azules,
a recargado ángel de polen,
a tomillo fresco recién arrancado,
a membrana dulce de lavanda,
a acicular hoja de romero fresco.

Quisiera retroceder a su noble origen
y revivir los dos siglos de esta masía
que me abrió generosa sus altas puertas
permitiéndome ver nítidamente a través
de su tercer ojo mágico cargado de tiempos
y me embarqué durante cuatro días
navegando en su túnel de centenios
para que me mostrara sus encantos secretos.

Me acuesto sobre una ancestral
y suntuosa cama de duquesa,
entre el tallado escudo de familia
y la historia de sus abolengos.
Camino sobre un empedrado piso gastado
que me lleva hasta una curiosa nevera
que trabaja con kerosén, polvo y fe,
conservando la perfección rectangular del hielo.

Aparece una densa bañera de mármol
cuadrúpeda, lisa, sugestiva y oval;
un minucioso secreter de mil gavetas,
recubiertas de finas láminas de pan de oro;
ánforas de vino encajadas en opaco metal
casi olvidadas, colocadas como por descuido
en sus más alejados y misteriosos rincones.

Al salir hacia los límites de este confuso sueño
todo se transforma en 60 kilómetros
de acuarelas llenas de luz incandescente,
grosera, por exhibir impúdicamente, tantos tonos brillantes
que deslumbran, paralizan y enmudecen,
hasta llegar a los contrastes y mezclas de culturas:

a la derecha, la redonda piedra de molino árabe
oculta en medio de la sinuosa garganta pantanosa,
a la izquierda, las torneadas formas humanas
talladas hábilmente en la roca neutra caliza,
como morada de las enigmáticas tumbas fenicias,
que descansan en lo más alto de la desnudez solitaria
de las redondeadas montañas, que repiten las palabras;
el inclinado y tan característico pueblo de Bocairent
colgado del relieve abrupto cual collar de reliquias mora;
la Sierra Mariola, con sus prolijas oquedades kársticas
y sus profundos espacios, para conservar hielo
y convertirlo en multicolores helados perfumados…

Todo se acentúa y reúne al ocaso,
en este pequeño rincón húmedo
silente y silvestre del planeta,
irradiado desde dos corazones oceánicos:
el de Doña Dolores de Pucurull
y su hijo Sergio cabello de rubí,
dulces, como una copita de Moscatel.

Tailandia-Vietnam-Camboya

Tierra noble, valiente, serena,
dulce corazón de antiguo invernadero,
germinas en mi piel aceleradamente
como afiebradas escamas doradas
de un dragón genuinamente asiático,
tatuajes, signos, símbolos,
que impregnan con su vocabulario de sueños
la espesa tinta henna,
ese sello único de pensamiento calmo,
la sonora lengua guiando
la ruta de la exquisita seda,
de los ingrávidos budas
de recogido cabello en apretado nido,
en posición de perfumado loto,
de filigrana y polvo de estrellas,
ojos horizontales, oblicuos, lineales,
agua, agua y más agua,
condensada en un oboe de mar,
en una sola nota violentamente turquesa…

Esparces tu olor de incienso puro,
todo se mueve como en un denso
y móvil enjambre embriagante,
proveniente de enrollados cordeles
que nos recuerdan perfumes primitivos
instintivos, remotos, rituales,
que se intuyeron perdidos,
monjes con rostros de luna semioculta,
enigmáticos, desnudos, risueños, cansados,
sobresaliendo de su rudo y áspero naranja envolvente,

barcas desbordantes de colores estridentes,
sabores poco paladeados,
sonidos profundos que tocan el alma,
cabezas gigantes tan duales
como la danza anónima entre el bien y el mal,
mostrando sin temor ese lado oscuro del corazón
tan adherido a nuestra parte sagrada.

Me balanceo en tus anchos columpios
de madera suavemente virgen,
penetro en tus exquisitos templos
robando y profanando
su rara belleza escondida,
mis ojos se cubren de altas raíces
se activa la meditación y el éxtasis
desde mi Hara, desde mis venas,
y un puñado de azafrán
se deposita en mi húmeda boca
convirtiéndome en un gigantesco mantra
profusamente vivo, libre, sentido,
que me eleva poco a poco
hasta el séptimo cielo.

Bali

Pulpa endulzada, perfumada, volcánica,
me envuelves en tu carnoso centro
de alargadas hojas aromatizadas,
haciendo que me avive y sienta
que retorno al hogar de las piedras negras,
polvo de oro, polvo de raras especies y maderas,
lo cubres todo de brillantes aromas,
tiñes de batik cada uno de mis sentidos
convirtiéndolos en ornamentada seda,
tallas mi cuerpo como una diosa alada
y me embulles en tu danza de raptada princesa,
de largas uñas doradas, de manos de mariposa roja,
de expresivos ojos móviles, de sonidos guturales,
hasta volver mi rostro aceite de loto,
frangipani, azahar y almizcle.

Música metálica de monedas errabundas y gastadas,
música gótica de viento suave
y arqueados bambúes segmentados,
música de cuitado violín con notas de corazón abierto,
pagodas sacras con techo de encandilantes estrellas,
santuarios de simios levitantes en medio de la nada,
sarongs de llamativos signos mágicos espirales,
híbrido de exquisita fruta budista, hinduista, musulmana,
formas, ideas y contenidos entre lo espiritual y lo pagano.

Meteora

Nombre épico, rústico, rocoso,
austero, monástico, brumoso,
cargado de lúgubres pinturas
traducidas en tormentos muy oscuros,
verde botella, vino tinto y hermético negro,
resaltados con dorados áureos de santidades,
conservadas ante la prueba hecha tortura,
martirios que todavía se sienten
en las tenebrosas paredes grabadas,
que cuentan historias de fuegos eternos
y que exudan su gélido y pesado aliento
adhiriéndose incisivamente
hasta el tuétano de los huesos…

Pasado aún presente en sus enlutadas moradoras
cuyas rígidas lenguas no emiten sonido alguno,
votos de escandaloso silencio enraizado
en las duras y templadas facciones metalizadas
de las jóvenes tristemente viejas,
votos de castidad en las secas miradas
que sólo recorren las grietas del suelo
por temor a reflejarse en la luz vibrante
de la ávida vida que dejaron atrás,
marchitos rostros de capullos cercenados
de tanto rezar, temer y rezar,
ante el aleteo furioso y acentuado
de esas horribles gárgolas hechas tentación,
formas maléficas recordatorias de pecados ocultos
colocadas premeditadamente en el recinto sagrado
que sólo parece suavizarse con la sombra

de las blancas manos equivocadamente olorosas
a los largos y delgados cirios de cera miel…

Afuera se exhibe el sol redondo y ajeno,
picantemente brillante como un grueso ají maduro,
en lo alto de las interminables escaleras,
que en su dualidad parecen suspendidas del mismo cielo
y a la vez, salidas como toscas y fuertes garras retorcidas
de extraños montículos inalcanzables
hechos de sangre, sudor, y fanatismo caliza,
trabajado relieve oblongo, impactantemente raro,
hermoso hasta el dolor, hasta la calma eterna,
impregnado de ese peculiar olor de pan de olivas negras,
que se esparce y se interrumpe a través del irreverente viento…

Gota naranja

Cae la tarde lentamente
como una gruesa gota naranja,
como una gacela herida
en cuyo cuello se mezclan
los más pálidos azules,
el cielo se va abriendo enigmático
a medida que muestra poco a poco
su suntuoso juego de brumosos abanicos blancos,
se detiene la brisa y el pensamiento continúa,
trepan los sonidos lejanos y contagiosos
como fiebre de experimentado alpinista
escalando ágilmente sobre la roca dura de la quietud,
quizás sean las voces de las aves perdidas,
o voces de gruesas hojas tensada por el viento,
o quizás sea mi olvidado corazón que habla de dulzuras
después de tantas horas de impuesto silencio…

Abedul

Me gusta nuestro hogar,
pequeño pero muy lleno de luz.
Tiene un hermoso árbol
al frente de su diminuto balcón
hecho como para admirarlo
desde allí, cara a cara,
y que suena a mar cuando se mueve.

Es un árbol muy carismático, con vida propia,
personalidad definida y majestuosidad innata,
tanta, que no puede ser olvidado fácilmente.

Parece un altivo Goliat que esparce alegremente
su abundante cabellera desordenada hasta convertirse en suelo,
larga, vibrante, devolviendo la claridad multiplicada
en cada hoja brillante en forma de corazón,
como diminutos espejos que cuelgan sutilmente del aire,
como estilizados e ingrávidos caballos de papel de seda,
galopando hacia el mismo desconocido Universo.

ÍNDICE

MIS AMADOS 11

Flor latente 13
Perfuman mi cuerpo 14
Tu raíz 15
Caracol lujurioso 16
Oculto sentir 18
Mineral 19
Humo 21
Refugio 23
Inspiración 25
Espuelas de luz 26
Ermitaño presagio 27
Quizás 28
Constelación de azaleas 29
Astro diminuto, sin espacio 31
Idioma de intemperie 32
Caracol inerte 33
Se me cubre el corazón 34
Caballos azules 35
Unicornio 36
Cristal y ágata 37
Hechicero 39
Te imagino 40
Amante 41
El amor más grande 42
Puntos de oro 45
Canto de sirena 47
Mantra sagrado 50
Ángel rojo 51
Dejo atrás 53

MIS ESPECIALES 55
Madre 57
Sin movimiento, sin sonido 59
He nacido 61
Aquí estoy madre 62
Cuando mi tristeza 63
Abuela 65
Maternidad 67
Maestro 68

SITIOS MÁGICOS 71
Caracol de brisa 72
Olor a llano 73
Pirámides 75
Buganvillia 76
Refugio de caracol amatista 77
Río dulce 79
Chichicastenango 80
Alicante 82
Venezuela 84
Frankfurt 86
Destino 88
Verticalidad 90
Turquía de dos mundos 91
El Pinet 95
Tailandia-Vietnam-Camboya 98
Bali 100
Meteora 101
Gota naranja 103
Abedul 104

Edición digital
Noviembre de 2018
Caracas, Venezuela

Astrid Colomine

(Caracas, 1957). Poeta y profesora de Ciencias de la Tierra. Egresada de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador (UPEL), 1982. Especialista universitaria en Gemología por la Universidad de Alicante (UA), España, 1997. Máster en Ciencias Geológicas por la Universidad Central de Venezuela (UCV), 2001. Elaboró el primer Mapa Gemológico de Venezuela (2004) y ha publicado artículos especializados en Boletines de Geología, del Instituto Nacional de Geología y Minería (Ingeomin). Es profesora de yoga por la Escuela Internacional de Yoga Integral Aurobindo Sivananda, Argentina, 2011. Actualmente trabaja como Investigadora en el campo científico y curativo de las gemas y de otros tipos de medicinas complementarias.

El estilo de *Drusas de fuego y agua* (escrito entre 1973 y el 2010) hace de este un poemario de voz propia. Barroco, visual y de cualidades musicales, explota de manera extensiva e intensiva la palabra, la simbología, el imaginario y la metáfora orgánica expresada específicamente en lo vegetal, frutal, mineral y biológico. Su mirada exquisita, espiritual y mística construye todo un mundo alterno que es revivido en texturas, colores y elementos naturales, abordando tres temáticas bajo una misma unidad estilística asumida como un particular verbo de largo aliento. La primera parte es bifásica. Por un lado, erótica y sensual, en la que se celebra la pasión intensa, el cénit del sentimiento amoroso del aquí y del ahora, junto al ser amado, y por el otro, un canto melancólico al amado ido, su pérdida definitiva. La segunda parte está dedicada a los seres que han dejado profunda huella. Y la tercera describe viajes por exóticos espacios geográficos, universales, envueltos en un mágico recorrido que incorpora sus ancestrales raíces venezolanas.

COLECCIÓN
POESÍA VENEZOLANA
SERIE CONTEMPORÁNEOS

9 789801 443919

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura